A la Iglesia de Filadelfia: ESCUELA DE CONFIANZA

Vamos adelante. “Ungidos para llevar la esperanza”. Y llegamos a la sexta enseñanza: carta a la iglesia de Filadelfia. Y quiero recordar que estamos diagnosticando siete patologías que asolan a la Iglesia, y la de hoy es la patología de la desconfianza. Dice la carta a la iglesia de Filadelfia:

«Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el santo y el verdadero, el que tiene la llave de David, de forma que si él abre nadie cierra y si él cierra nadie abre. Conozco tus obras. Mira, he dejado delante de ti una puerta abierta que nadie puede cerrar, porque aún teniendo poca fuerza, has guardado mi palabra y no has renegado de mi nombre. Mira, voy a entregarte algunos de la sinagoga de Satanás, los que se llaman judíos y no lo son, sino que mienten. Mira, los haré venir y postrarse ante tus pies para que sepan que yo te he amado, porque has guardado mi consigna de perseverancia. Yo también te guardaré de la hora de la tierra. Mira, vengo pronto. Mantén lo que tienes. Que nadie se lleve tu corona. Al vencedor le haré columna en el templo de mi Dios y nunca más saldrá fuera. Escribiré sobre él el nombre de mi Dios, el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la que desciende del cielo de junto a mi Dios, y mi nombre nuevo. El que tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las iglesias».

Es el único mensaje a las iglesias que no contiene amonestación alguna. Atentos a esto: que no contiene amonestación alguna. Se le alaba por haber guardado la palabra y no haber renegado. El problema, en todo caso, está más bien en el riesgo de un complejo de inferioridad en ese versículo 3,8 donde se dice: «aún teniendo poca fuerza». Ese tener poca fuerza sugiere una comunidad pequeña, débil en medios o influencias, quizá numéricamente escasa o socialmente marginada. Esta sería su fragilidad, aunque no está censurada en el texto. Más bien se le alaba porque, a pesar de su debilidad, ha sido fiel. El contexto acaso sea que se saben pocos e irrelevantes. Tienen poca fuerza. ¿A dónde vamos nosotros con nuestra pequeñez? ¿A dónde voy yo con mi pequeñez delante de este reto de la evangelización que me supera completamente? ¿A dónde voy yo? A esto se añade que hay una oposición fuerte. Se menciona a quienes pertenecen a la sinagoga de Satanás, que se oponen a la comunidad cristiana. Esto indica que Filadelfia vive en un entorno hostil, bajo presión. Que esto tiene mucha actualidad hoy en día, mucha actualidad. Cuando uno vive en un contexto hostil, con mucha presión, se asusta, se retrae. Tiene gran actualidad y le dice: «El reto es: conserva lo que tienes para que nadie te quite tu corona». Es decir, que en medio de todo esto, Dios les promete ser columnas del templo de Dios, además de escribir el nombre de Dios en su frente. La clave, por tanto, está en confiar en medio de nuestra pequeñez. Esta es la clave del mensaje a esta iglesia de Filadelfia: confiar en medio de nuestra pequeñez.

Entonces, vamos a hablar del tema de la confianza y vamos a hablar de qué es lo que más le agrada a Dios. ¿Qué es lo que más le agrada a Dios? Vamos a hablar de la patología de la desconfianza. Recuerdo que una de las intervenciones que a mí la providencia me ha pedido en mi vida, que veo que tuvo más influencia, más eco, fue la

ponencia que desarrollé en el primer Congreso de pastoral juvenil que se celebró en España en el año 2012; fue el primer congreso de pastoral juvenil, de momento el único, no ha habido segundo. Entonces, allí yo hice una ponencia con el título «La evangelización de los jóvenes ante la emergencia afectiva». Ese era el título: la evangelización de los jóvenes ante la emergencia afectiva. Si bien es cierto que comencé diciendo que, jóvenes o adultos, hoy en día los retos de la evangelización son similares, ya no hay tanta diferencia como la ruptura generacional. Las heridas de los jóvenes son las de los adultos.

Y entonces hablé allí de que hay principalmente tres heridas que condicionan la evangelización. Tres heridas: una, el narcisismo, de la cual estamos hablando mucho; otra, el pansexualismo, o sea, el desmadre sexual, del cual también hemos hablado un tanto; y la tercera, la de la desconfianza, que es de la que vamos a hablar hoy. Son, en mi opinión, las tres heridas que condicionan mucho la evangelización. La persona a la que te diriges está impregnada de narcisismo. Y tú también. Porque os voy a decir una cosa: cuando terminé aquella ponencia, que fue en la catedral de Valencia, sube un sacerdote y me dice: «¿Usted se da cuenta que usted ha hecho una descripción de las heridas del clero de España?». Del clero, dijo. Y le dije: «Sí, y de los obispos». Porque obviamente las heridas son compartidas.. Las tres heridas son esas: el narcisismo, el pansexualismo, la impureza y la desconfianza. Vamos a hablar de esto, de la desconfianza.

Hay una herida de la desconfianza y hay una escuela de la confianza. Vamos a ver qué herida es esa de la desconfianza y cuál es la escuela para aprender a confiar, que ya os adelanto que esa escuela es el corazón de Cristo. ¿En qué sentido la desconfianza puede calificarse de una herida afectiva? Porque obviamente la desconfianza no tiene por qué ser una herida afectiva; puede ser sencillamente un pecado, un pecado contra el primer mandamiento. Así lo ha sido de toda la vida de Dios. Hoy en día hablamos de heridas. La desconfianza en sí misma es un pecado contra ese «amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser». Una manera de examinarse del cumplimiento del primer mandamiento es ver nuestra confianza. Si tú amas a Dios, confías en él. Pero una cosa es el pecado de desconfianza y otra cosa es el síndrome de desconfianza, que es una especie de inseguridad en uno mismo, acompañado de una notable dificultad para confiar en otros y confiar en Dios.

Obviamente es muy difícil delimitar la frontera entre el pecado de la desconfianza y la herida psicológica de la desconfianza, porque eso al final está muy mezclado. Eso también pasa como con la impureza: ¿cómo delimitas dónde está la responsabilidad moral y dónde está la adicción? Eso es difícil distinguirlo. Como, por otra parte, los remedios para una cosa y para la otra suelen ser similares, pues a por ello. Es muy difícil delimitar la responsabilidad. Por lo tanto, la desconfianza es un viejo pecado, tan viejo como el pecado original. Al mismo tiempo que en nuestros días, tiene la singularidad de que se convierte en una herida afectiva, generada principalmente por la fragilidad de la experiencia de no haber nacido y crecido en un entorno de un amor fuerte. Si uno no ha nacido y crecido en un entorno de un amor fuerte y seguro, tiene una fragilidad que le lleva a la desconfianza.

Es como el gatito que cada vez que se acerca al plato de comida le pegan un zurriagazo, le pegan otro, y cada vez que ya ve un poco de comida, el gato ya está mirando a derecha e izquierda a ver dónde me la van a dar, porque es que no me fío, porque mis experiencias han sido siempre negativas y tiendo a no fiarme, incluso a no fiarme de quien me ofrece algo bueno. Desconfío; casi lo llevo integrado en mi herida el desconfiar. La herida afectiva de la desconfianza supone la sensación de no pisar

un suelo firme, de tener el temor de que aquí no te puedes fiar de nadie. Aquí todo el mundo va a lo suyo, como aquel que decía: «Aquí todo el mundo va a lo suyo, menos yo, que voy a lo mío». Cuando uno hace una experiencia de que hay un egoísmo generalizado, se cierra en sí mismo, en la desconfianza. Las nuevas generaciones no llegan a percibir este problema. No lo llegan a percibir porque han nacido inmersos en el problema. Es como cuando uno se acostumbra a la presión atmosférica: si tú naces en un sitio muy alto, te has acostumbrado a la presión atmosférica. Ya, pero como vaya alguien allí, dice: «oh, aquí me mareo». Eso le pasa cuando uno ha nacido ya desconfiando de todo el mundo; no se da cuenta de su problema, pero tiene un problema. ¡Vaya que si lo tiene!

Cuando hablamos con nuestros mayores, escuchamos el relato de sus vidas; nos impresiona comprobar hasta qué punto vivieron unas relaciones sociales de confianza que cada vez son más difíciles de vivir. Incluso te dicen nuestros mayores, nuestros padres y abuelos, que en sus casas no había cerraduras, que las puertas estaban abiertas. ¿Te imaginas esto hoy en día? ¿Te imaginas esto? Hubo un momento en el que eso era lo natural. Lo natural era confiar en los demás, vivir en un contexto social de confianza.

En nuestra cultura existen muchísimas personas aisladas, y la soledad es uno de los grandes dramas de nuestro tiempo. Y la soledad es una puerta que se abre por dentro, no solo por fuera. ¿Esto de dónde viene? Uno de los fenómenos más determinantes de la extensión de este síndrome de la desconfianza es la desestructuración de la familia que marca muchísimo. En España más del 50% de los matrimonios, cincuenta y pico, se divorcian, pero es que hay muchísima gente que no se casa. La mayoría no se casan, viven relaciones inestables.

Y cuando un niño o un adolescente no ha tenido la experiencia de un amor seguro, un amor firme, del que poder fiarse; cuando un niño ha experimentado que el terreno que pisa es inseguro, que no sabe si mañana va a continuar o no; cuando un niño, un adolescente, desde su habitación escucha a sus padres discutir faltándose al respeto, llega a albergar dolorosas sospechas sobre si su vida mañana va a ser igual o va a ser distinta. Y eso le genera una inseguridad que no veas.

Me acuerdo de que este año, en las visitas pastorales que he hecho a los colegios, en uno de los colegios, van allí los alumnos y le reciben al obispo; pusieron una pancarta allí, cantaron una canción - además, ahora con lo de la inteligencia artificial compones canciones metiendo la letra de la visita pastoral del obispo y todo -. Entonces: canto, visita al obispo y todos los niños cantando. Termina la canción y un niño que estaba sosteniendo la pancarta delante de todos salió corriendo, vino corriendo ante mí, me dio un abrazo y me dice: «Señor obispo, mis papás se han divorciado». Así, sin anestesia, en el primer momento de la llegada al colegio. ¡Pobre chaval, pero pobre chaval!, yo la verdad no me lo quito de la cabeza. No me lo quito de la cabeza.

A esto añadámosle la gran inseguridad que la inestabilidad de la familia, la desestructuración de la familia genera. Y a esto hay que añadir la crisis del principio de autoridad, porque si no hay un principio de autoridad, al final hay una inseguridad tremenda, no hay referentes morales. Muchos jóvenes han crecido sin modelos. La crisis de la figura del padre es monumental; es una crisis monumental. Escuché a una religiosa que está en Perú, trabajando pastoralmente en una prisión de Lima, que se le ocurrió, cuando llegó el día de la madre, ofrecerles a los presos una tarjeta para poder felicitar a su madre. Repartió tarjetas para que los presos envíen una tarjeta a su madre. Se las quitaron de la mano enseguida. Y llegó el día del padre. Y entonces dice ella: «No me va a pasar como la vez pasada». Y encargó un montón de tarjetas para

el día del padre y ofreció en la prisión las tarjetas para felicitar. Se quedó con todas las tarjetas, porque los presos no felicitaban a su padre. Había una herida de la figura paterna tremenda, tremenda.

Entonces, ¿eso qué crees que genera? Pues genera una desconfianza, una desconfianza plena. La falta de autoridad se traduce en inseguridad, en desconfianza. Añádele a esto muchas experiencias de amistad traicionada, de amor afectivo traicionado, de traicionarse continuamente, de «este me ha usado, pues como este me ha usado, yo ahora voy a usar de otro». Todo eso genera una desconfianza. Aquí nadie te ama de una manera estable, todo el mundo te usa; esto es usar y tirar. Te utilizan como un kleenex.

Todo esto también llega a nuestra experiencia ante Dios. Porque cuando uno se ha acostumbrado a desconfiar, eso no solamente es un pecado: es un síndrome, es un síndrome de herida afectiva, y en su relación con Dios le va a afectar, le va a costar confiar en que Dios le ama, porque uno proyecta en Dios la experiencia de la vida; la proyecta. Uno diría: «esto casi nos tendría que ayudar porque, mira, todo el mundo te falla, Dios es el único que nunca falla». En teoría esto nos podría ayudar, pero no suele ser así. Porque cuando yo tengo la experiencia de que todo el mundo me falla, se genera en mí una sospecha, que está en el subconsciente, y que tú tiendes a proyectar en Dios, y no me fío de fiarme, mantengo una distancia.

Entonces, ¿qué podemos hacer? Si existe ese síndrome de la desconfianza, ¿qué podemos hacer? Las heridas de nuestra vida han podido dificultarnos el acto de confianza. Me fié y me fallaron. En el presbiterio tuve amigos sacerdotes entrañables, pero luego me fallaron; entonces, me he encerrado. Y cincuenta sacerdotes encerrados porque tuvieron malas experiencias, y esas malas experiencias les llevaron a decir: «A mí me la han dado una vez, ya dos veces no me la van a dar». Abrí mi corazón ante los vicarios, ante lo que sea, y luego me enteré que lo que yo le había dicho a uno lo comentó al otro. Y entonces se genera en mí una desconfianza de decir: «No te abras, no abras tus problemas, porque si abres tus problemas, después eso cómo va a ser utilizado. ¡Cállate! Cómetelo tú solo». Tuve una mala experiencia con un acompañamiento espiritual... El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra; esta experiencia de la desconfianza está muy generalizada entre nosotros.

Entonces, ¿qué podemos hacer?¿Cuál es la escuela de la confianza? ¿En qué podríamos incidir especialmente para sanar nuestra herida y para ayudar a los demás? Porque aquí uno se sana ayudando a los demás a sanar lo mismo; esto es así. A día de hoy ayudamos al pueblo con lo mismo que me ayuda a mí, así de claro. Esto funciona. Esto que te predico a ti me lo digo a mí, porque tu problema es el mío. Hoy en día esto es una realidad que nos ayuda a ser humildes y a ponernos en nuestro sitio.

A mí se me ocurren principalmente dos experiencias que se convierten en escuela de confianza. La primera, es la experiencia de comunión en el seno de la Iglesia, el que yo llamo método pastoral de Don Bosco. Me voy a explicar: método pastoral de Don Bosco. Don Bosco se encuentra con unos adolescentes totalmente apaleados, unos adolescentes que han sido utilizados como mano de obra barata en la revolución industrial, absolutamente abusados; abusados en todos los términos, en todos los sentidos del término. Unos adolescentes que tienden a no fiarse de nadie, porque todo el mundo les ha utilizado. Los adolescentes de la revolución industrial de tiempos de Don Bosco, fíjate tú de quién podían fiarse.

Y ¿qué hace Don Bosco? Don Bosco, para sanar su desconfianza, se arriesga: apuesta por confiar en esos chicos, sin asustarse de los riesgos que tal confianza puede tener. Está asumiendo muchos riesgos, porque tú te apoyas, te confías y les das un voto de confianza a unos chavales que son súper inmaduros, y te la puedes jugar. Como cuando Don Bosco consigue un permiso para que les den una tarde libre a los que están en el reformatorio y salir a la calle, y corres el riesgo de que alguno no te vuelva, no te regrese, y vas a ver aquí cómo me la estoy jugando confiando en éstos. Pero Don Bosco se la juega y cuando un joven comprueba que nos fiamos de él, que vamos delegando en él responsabilidades, pequeñas tareas, él se va sintiendo como alguien importante. «Esta persona me toma en serio, se fía de mí». Y entonces comienza a saber que estoy en casa, que aquí hay una relación de confianza.

Me estoy acordando de una anécdota de mi vida que la tenía un poco olvidada, que os la voy a contar. Siendo sacerdote, me acuerdo que me habían pedido que por favor acogiese a un chico que estaba metido en la droga y que hiciese lo posible por intentar sacarlo. Me acuerdo que le llevé a mi despacho y allí yo, dale que te pego, dándole razones, animándole: que mira esto, tu familia, tu vida, tu futuro. Y estaba yo, dale que te pego, hablando con él. En esto que entra una persona y me dice: «Don José Ignacio, le llaman al teléfono». Y yo: «Espérate». Fui a levantarme, y al momento de levantarme había un billete —entonces todavía no estaban los euros, era un billete de cinco mil pesetas— encima del despacho. Y yo, cuando fui a levantarme para ir al teléfono, vi el billete y dije (esto fueron décimas de segundo): «¿Lo cojo o no lo cojo? Si lo cojo, el chaval se va a dar cuenta de que lo he cogido para no dejarlo delante de él; pero si lo dejo, vas a ver tú». Y lo dejé, y me fui al teléfono. Cuando regresé, llegué y lo primero que hice fue mirar si estaba el billete. Y el billete estaba. Seguí hablando con él. Y el chaval se convenció de que iba a ir a Proyecto Hombre para comenzar un proceso de rehabilitación en su vida. Y le dije al chaval: «Cuando me he levantado por la llamada telefónica, te quiero felicitar, porque he visto que ese billete estaba en la mesa y he pensado que tú lo podrías coger. Te quiero felicitar y pedir disculpas porque también he tenido el temor de que lo cogieses». Y me dice: «Pues ha pensado usted bien, porque lo he cogido y lo he dejado tres veces». Entonces, nos reímos juntos. El chaval se fue a Proyecto Hombre. ¡Madre mía!. El chaval hizo Proyecto Hombre; luego murió de sida. Murió de sida porque, aunque comenzó Proyecto Hombre, en aquel tiempo no existían los retrovirales para detener el desarrollo del sida. Pero murió en gracia de Dios, murió habiendo dejado la droga. ¡Bendito Dios! Yo me acuerdo de ese momento. El método de Don Bosco era arriesgarse confiando en la gente. Si tú no te arriesgas, en el fondo no transmites la confianza que Cristo quiere tener en nosotros. El Señor nos quiere dar una nueva oportunidad. Si el Señor nos quiere dar una nueva oportunidad, si nos quiere dignificar, entonces yo tendré que expresarlo también, porque es que si no, la música y la letra no conjugan. Yo le digo: «Dios se fía de ti, te da una nueva oportunidad», y yo, sin embargo, no me fío de él ¡ Cuidado! Don Bosco se la jugó y tuvo muchos disgustos, pero obviamente ganó los corazones para Jesucristo.

Y él llegó a formular un principio de pastoral: «Si quieres que alguien confíe en Dios, comienza tú por confiar en él». ¡Vaya principio, señores, vaya principio! Si quieres que alguien confíe en Dios, comienza tú por confiar en él. Lo cual supone arriesgarnos. A veces es mucho más fácil hacer las cosas prescindiendo de los demás, porque si reparto muchas responsabilidades en los demás, en los consejos pastorales, quita, lo hago yo solo y es más fácil. No sé si sabéis eso que se contaba de Pío XI, que decía: «Si quieres que una cosa funcione, procura formar una comisión que sea impar y, si es posible, de menos de tres miembros». Entonces, no sé si será verdad que Pío XI dijo eso, pero es como diciendo: «Si quieres que algo funcione, hazlo tú». Y no estés delegando. Pero de esa manera no enseñas. Igual es más rápido, igual vas a ser más

eficaz: «quita, ya lo hago yo, que me estás haciendo las cosas mal». Pero así no enseñas, así no dignificas, así no haces crecer a la gente, así no aprenden ellos.

Este es el método de Don Bosco. Repito la frase: «Si quieres que alguien confíe en Dios, empieza tú por confiar en él». Por otra parte, no podemos transmitir la imagen de que a la gente la queremos interesadamente. Le quiero a él. Me interesa su vida, sus inquietudes, sus problemas y, por lo tanto, forma parte de nuestro estilo pastoral el que a la gente la queramos y nos interesemos por su vida, y estemos enterados de sus problemas y hagamos un seguimiento. Sería un error decir: «A ver, tú, hace mucho tiempo que no te veo por aquí». Ámale, interésate por él.

También es otra expresión de Don Bosco: «Amad lo que aman los jóvenes, y ellos aprenderán a amar lo que tú amas». Tú ama lo que ellos aman, y ellos van a acabar amando lo que tú amas. Así se ganan los corazones, así se enseña a confiar. Eso es lo que hizo Don Bosco ante una juventud hija de la revolución industrial, absolutamente abusada, que no se fiaba de nadie y a la que él educó de esa forma. Esta es la primera experiencia: la experiencia de que la Iglesia es una familia. Y allí estaba mamá Margarita, la madre de Don Bosco; allí estaba ella haciendo de madre de los otros. «Te pongo a mi madre cuidando de ti».

Y, en segundo lugar, la segunda escuela de confianza es el Evangelio, adentrarnos en el Evangelio de verdad, porque el Evangelio de Jesucristo es escuela de confianza. Son muchos los textos a los que podríamos referirnos: Pedro caminando sobre las aguas («hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?»); la invitación de Jesús a que nos fijemos en el cuidado amoroso de Dios sobre la naturaleza («mirad los lirios del campo, mirad los pájaros, ¿no cuida Dios de ellos?»); la tempestad calmada. Son muchos los pasajes evangélicos que son escuela de confianza. Tenemos que empaparnos de todos ellos ¡empaparnos!.

Un método muy eficaz para aprender a confiar es afrontar nuestros miedos, mirarlos a los ojos y comprobar que, cuando estamos unidos a Cristo, los miedos se disipan como la nieve al sol. Para mí hay un texto que es maravilloso para hacer esta terapia de vencer los miedos y de crecer en confianza. ¿Y sabéis cuál es? Romanos 8, 31-39: «Después de esto, ¿qué diremos? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con Él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió, más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios, y que además intercede por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? Atención: ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿La persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Como está escrito: "Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como ovejas de matanza". Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a Aquel que nos ha amado».

He aquí el método San Pablo. El anterior era método Don Bosco; este es método San Pablo. Método San Pablo para sanar el síndrome de la desconfianza: mirar a nuestros miedos de frente, al mismo tiempo que permanecemos firmemente unidos a Cristo. ¿A qué temeremos? ¿A la oscuridad, si Cristo es mi luz?

Yo recuerdo, tengo un recuerdo de esos grabados de infancia, que preparándome a la primera comunión, que hice con seis años, recuerdo que una religiosa que era francesa, que ya hablaba español de aquella manera (ya habrá fallecido), ella nos habló en la catequesis de la confianza en Dios y de cómo el santo ángel de la guarda nos custodia y que no tenemos que temer, tenemos que vencer a los miedos. Y me acuerdo que, cuando llegué a casa era invierno y mis padres dijeron: «Échale leña a la

caldera». Yo bajaba a la bodega, y la bodega me daba miedo, porque en la bodega todo eran sombras y había ratones, y yo me ponía me ponía cardíaco y le tenía mucho miedo. Y me acuerdo perfectamente, fíjate, como un momento de gracia en mi vida, que yo pensé en la catequesis de la religiosa y dije: «Si Jesús está conmigo, no tengo a qué temer. Aquí está oscuro, pero Jesús es la luz. Yo no me tengo que poner nervioso. Vete despacio, échale una leña y otra y, en vez de salir corriendo, date un paseo. Venga por aquí, date un paseo y luego sube para arriba». Aquel fue un momento de gracia en mi vida y ese es el método de San Pablo, de mirar a los miedos a los ojos, unido a Jesús.

¿A quién temeré? ¿A la oscuridad, si Jesús es mi luz? ¿A la soledad? Cristo es el compañero de camino. ¿A la pobreza? Jesús es mi tesoro. ¿A la burla? Jesús es mi honra. ¿A la incapacidad? El Espíritu Santo es dador de toda gracia. ¿A la enfermedad, a la muerte? Cristo es la resurrección y la vida. Este es el método de San Pablo, de mirar a los miedos a los ojos, unido a Cristo, y hasta que se desintegren los miedos, hasta que se desintegren, se volatilicen.

La mejor escuela sobre la confianza en el Padre la tenemos en Jesucristo. Igual que le ocurre a Cristo, también nosotros somos amados por el Padre, estamos en sus manos. Luego lo hemos aprendido todo de Él. Jesús dijo: «Padre, ¿por qué me has abandonado?», y también dijo: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». Aprendió sufriendo a obedecer y a confiar.

Esta es la forma de afrontar el síndrome de la desconfianza, que en parte es pecado, como lo fue en el pecado original, que en parte también es una herida afectiva de nuestra generación, por tantas cosas que nos han pasado y de las que somos deudores y que nos pasan factura. Pero poco importa cuál sea el origen de nuestros miedos y de nuestras desconfianzas; lo importante es abordarlo. Método Don Bosco, método San Pablo, empaparnos del Evangelio. Y hay un regalo muy especial que es el del corazón de Cristo.

Y ese título que yo le he puesto a esta reflexión, «Lo que más le agrada a Dios», es una expresión que está tomada de Teresita de Lisieux. Ha pasado bastante desapercibida la publicación de la exhortación apostólica en el año 2023 que se publicó con el título de *C'est la confiance*. *C'est la confiance* en francés «Es la confianza», que fue una exhortación pastoral publicada con motivo del 150 aniversario del nacimiento de Santa Teresita. Una frase referida de Santa Teresita es: «La confianza y nada más que la confianza puede conducirnos al amor». Si no tienes confianza, no aprenderás a amar. Es imposible recuperar el amor primero sin confianza, sin sanar las heridas de la desconfianza. Repito: la confianza y nada más que la confianza pueden conducirnos al amor.

Entonces, aquí viene la perla preciosa de Teresita. ¿Cuál es la perla preciosa? Está en la carta 197 que ella dirigió a Sor María del Sagrado Corazón. Es la perla preciosa; de ella dijo el Papa Francisco que posiblemente esta expresión es la cumbre, una de las cumbres de la espiritualidad católica. Y dice Teresita: «Lo que más agrada a Dios es que yo ame mi pequeñez y mi pobreza, es la esperanza ciega que tengo en su misericordia». Esta es la perla preciosa de Teresita: lo que más le agrada a Dios es que yo ame mi pequeñez y mi pobreza. ¿Por qué? Porque Dios ha querido que nuestra pequeñez, nuestra pobreza, que a nosotros nos estorban, que nos parece que son un enemigo (acordaos de esta carta a la iglesia de Filadelfia, que claro, se veían con poca fuerza, eso que a nosotros nos parece que es un problema, una dificultad: mi pequeñez, mi pobreza; «oh, si yo fuese más fuerte, si yo fuese más elocuente, si yo fuese más seguro de mí mismo, si yo tuviese más medios») eso Dios ha querido que

sea el lugar en el que tú aprendas a confiar en Dios. Lo que más le agrada a Dios es que yo ame mi pequeñez y mi pobreza y sepa que en ella estoy llamado a aprender a confiar ciegamente en la misericordia de Dios.

Esta es la cumbre de la espiritualidad: no luchar, no renegar de nuestra pequeñez, de nuestra pobreza, no renegar de ella, no maldecir. El problema es: «es que yo soy así, si yo fuese de otra manera, si yo tuviese, si yo tuviese vencido esto y esto y esto y esto, entonces sí que podría ser santo». Lo que más le agrada a Dios es que tú ames tu pequeñez y tu pobreza, que las ames porque sepas que en esa pequeñez y pobreza se revela la misericordia de Dios. Y Dios te va a asistir en tu pequeñez y en tu pobreza. Acordaros de ese episodio de San Pablo, que suplica a Dios que le quite la espina. «Quítame la espina; por tres veces le supliqué quítame la espina». Y el Señor le dice: «Te quedas con la espina. Te quedas con ella, porque en tu pequeñez, en tu pobreza, en tu contradicción experimentarás la misericordia de Dios». ¡Qué peligro si no tuvieses espina ninguna!¡Qué peligro si tuvieses una seguridad en ti mismo que estuvieses sobrado, como se dice: «este va de sobrado»! Eso, ¡qué peligro, qué peligro!: seríamos un peligro de soberbia andante. Tenemos soberbia a pesar de que somos frágiles, luego imagínate. Esta es la clave.

Y sigue Teresita y dice: «Mis deseos de martirio no son nada, no son ellos los que me dan la confianza ilimitada que siento en mi corazón». Atención a esta frase: «A decir verdad, las riquezas espirituales hacen injusto al hombre cuando se apoya en ellas con complacencia». Voy a repetir la frase: «A decir verdad, las riquezas espirituales hacen injusto al hombre cuando el hombre se apoya en ellas con complacencia», creyendo que son algo grande. Lo que le agrada es verme amar mi pequeñez y mi pobreza; es la esperanza ciega que tengo en su misericordia. Este es mi único tesoro. Es decir, sentir alegría o atractivo por el sufrimiento es tu propio consuelo. Comprender que para amar a Jesús, para ser víctima de amor, cuanto más débil se es, sin deseos ni virtudes, más cerca se está de las operaciones de ese amor consumidor y transformante». Y luego remata: «Aunque hubiera cometido todos los crímenes posibles, seguiría teniendo la misma confianza. Sé que toda esta multitud de ofensas sería como una gota de agua arrojada en una hoguera encendida». Ahí es nada: Teresita de Lisieux.

Hay como una joya, una joya de la espiritualidad, que es el camino de la confianza de Teresita de Lisieux y la espiritualidad del Sagrado Corazón de Jesús. ¿De acuerdo?

He dicho al principio que os quería hoy dejar como un pequeño testamento para que os sirva. Os quiero compartir el que ha sido para mí en este último año, año y medio este librito (que he tardado en recibir año y medio, dos años) y que os quiero presentar; Y que me ha hecho tanto bien, me parece una joya tan grande que os lo quiero compartir; y, de hecho, la cita del libro la tenéis ahí en la subsidia que os he compartido. El libro es *Mi doctorcito: una Teresita aún por descubrir*, es del padre Henoc Tailleau. Aunque aquí el título tenga Teresita, lo cierto es que el libro no solo recoge el itinerario espiritual de Teresita, sino que lo coteja con San Juan de la Cruz, Santa Faustina Kowalska, Madre Teresa de Calcuta y San Juan de la Cruz; o sea, coteja esos cuatro o cinco autores espirituales y hace una descripción muy pormenorizada, con muchas citas de todo el itinerario espiritual de crecimiento. Creo que es una joya.

El problema está en que no es un libro que sea distribuido por editoriales o por distribuidoras de libros, sino que hay que escribir a Francia y allí mismo se pide, y un día a la semana, en esa comunidad de vida religiosa, las peticiones las atienden. No será difícil buscar con esas referencias esa página web, yo os lo recomiendo. A mí me

ha hecho un bien inmenso, me ha abierto a la joya de la espiritualidad católica, que tenemos unos tesoros impresionantes. En esa descripción que hace San Juan de la Cruz, yo tuve el regalo de Dios de que, siendo seminarista, dediqué un año completo, interrumpiendo los estudios entre filosofía y teología, a estudiar a San Juan de la Cruz; y para mí fue un regalo inmenso. Pero aquí se hace una síntesis entre San Juan de la Cruz, entre Santa Faustina Kowalska, Madre Teresa de Calcuta, Santa Teresita de Lisieux. Y es una joya, una joya. Os lo recomiendo. Seguro que a quien lo coja como itinerario en su vida le hará el bien que me ha hecho a mí y a tantas otras personas que conozco.

Dando gloria a Dios. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.